

Olga Drennen

Asesinatos en la escuela del perro

y otra historia de terror

Ilustraciones: Florencia Delboy



Quipu

SERIE NEGRA

Olga Drennen

Asesinatos en la escuela del perro

y otra historia de terror

Ilustraciones: Florencia Delboy



Quipu

Índice de contenido

[Asesinatos en la escuela del perro y otra historia de terror](#)

[Portada](#)

[ASESINATOS EN LA ESCUELA DEL PERRO](#)

[Capítulo 1: El reportaje](#)

[Capítulo 2: Odio en la escuela](#)

[Capítulo 3: El encierro](#)

[Capítulo 4: Regalo](#)

[Capítulo 5: Un grito de terror](#)

[Capítulo 6: El que rompe, paga](#)

[Capítulo 7: El aro](#)

[Capítulo 8: Primer encuentro](#)

[Capítulo 9: Los padres](#)

[Capítulo 10: La pelea](#)

[Capítulo 11: Las pruebas](#)

[Capítulo 12: La revelación](#)

[Capítulo 13: La despedida](#)

[LA SOMBRA EN EL ESPEJO](#)

[Capítulo 1: El vacío](#)

[Capítulo 2: La sombra en el espejo](#)

[Capítulo 3: Las dudas](#)

[Capítulo 4: Secretos de familia](#)

[Capítulo 5: La última lluvia](#)

[Biografías](#)

[Legales](#)

[Sobre el trabajo editorial](#)

[Contratapa](#)

Asesinatos en la escuela
del perro
y otra historia de terror

Olga Drennen

Ilustraciones:
Florencia Delboy

Quipu

Asesinatos en la escuela del perro

CAPÍTULO UNO

El reportaje

Cuando la mujer del comisario la acompañó hasta el escritorio, la reportera sonrió con alegría porque pensó que estaba por hacer la nota más importante de su carrera. ¡Y nada menos que al comisario Quinteros, el policía más respetado de los últimos tiempos! Un hombre muy estimado por sus mandos superiores y por sus subordinados.

En cuanto estuvo frente a él, volvió a sonreír. Esta vez, había conseguido el reportaje.

Eran las cuatro de la tarde y desde la mañana, no hacía más que llover. Quinteros se puso de pie al verla entrar, la invitó a sentarse y volvió a su silla.

—Señor Comisario, ¿cuál fue el primer caso que le tocó resolver en su carrera? —preguntó la periodista para dar comienzo a su trabajo.

El hombre se sacó los anteojos, los apoyó sobre el escritorio, paseó la mirada por los vidrios húmedos de la ventana como si pensara en algo muy importante; después, empezó a hablar.

—¿Mi primer caso? Bueno, no sé si se puede decir que lo resolví o no. Porque aunque no fui yo quien logró resolver el misterio, digamos que fue el primer caso con el que estuve vinculado. Lo que voy a contarle pasó hace muchos años atrás, en la época en que empezaba *a soñar* con ser policía.

Aunque le parezca mentira, justo cuando terminaba la primaria. Mi primer caso... ¿Le interesa que se lo cuente?

El grabador de la reportera no dejaba de funcionar ni cuando Quinteros se quedaba callado, perdido en sus pensamientos.

—Sí, por favor, me parece original –contestó la mujer– que se refiera al comienzo de su carrera.

Como si conociera la respuesta de antemano, el hombre empezó a recordar la historia.

—Hasta ese año, todo había sido normal en el colegio. Lo de siempre, deberes, boletines, fiestas con padres y madres en el salón de actos, lo común y corriente en las escuelas de esa época...

Lo que voy a contarle pasó en pleno invierno, estoy seguro, porque estábamos con los planes para festejar el 9 de Julio –y, ¡qué largos eran los preparativos en ese entonces!–, cuando murió una de las cocineras del colegio y Cacique, el perro del grado.

¡Cacique! No me acuerdo quién fue el que lo llamó así, pero no hubo nombre más justo porque, ¿sabe?, resulta que tenía un mechón de pelos blancos en la cabeza, un mechón que se parecía a las plumas esas que usan los indios, y lo tenía plantado justo encima de los ojos.

Todos lo queríamos, era el perro del grado, como le dije, pero no vivía en el colegio; lo tenía la señora Lago, una de nuestras maestras, en su casa. Dos o tres veces por semana lo llevaba a un terreno que daba al patio donde salíamos al recreo. Por esa costumbre, los vecinos llamaban a nuestra

escuela: *la escuela del perro*.

Bueno, le decía que la señora Lago llevaba a Cacique y el perro nos esperaba allí hasta la salida. El terreno era justo para él. Lo teníamos limpio de pasto y residuos para que retozara todo lo que quisiera. Además, en el día, lo veíamos por la ventana de la cocina y por la misma ventana de la cocina se le daba de comer. No hubo animal más mimado. Cada vez que lo veíamos, era una fiesta, pero la alegría nos duró poco porque el pobre bicho falleció el mismo día que Emilia, la cocinera y, casi diría, que a la misma hora.

En un principio, se comentó que los dos habían muerto envenenados por accidente y que el accidente había sido causado por un descuido de la cocinera.

—Cianuro alcalino —dijo el forense.

Y entonces, se supuso que Emilia había puesto veneno en algún lugar, tal vez porque había visto ratas, y que después había tocado su comida o se le había caído en el plato sin darse cuenta y, sin darse cuenta, también, había compartido lo que iba a comer con Cacique.

—¿Veneno para ratas? ¿En la escuela del perro? —preguntaba la gente—. ¿Con los chicos que hay?

—Por eso mismo —explicaba la directora—, porque hay chicos, no puede haber ratas.

Está de más decirle cuánto se lamentó lo ocurrido. Y también está de más decirle la de historias que tejimos con esas dos muertes. Pero, en realidad, todavía no se había empezado a descubrir la punta del ovillo. Las cosas se complicaron un par de días antes del 9 de Julio.

Resulta que, en el colegio, almorzábamos cerca de doscientas personas -entre chicos y maestros-, y la ausencia de Emilia la cocinera, que atendía el comedor desde tiempo atrás, sumada a la gripe que había hecho faltar durante más de una semana a las ayudantes de cocina, se convirtió en un verdadero problema. Hasta ese momento, Emilia se las arreglaba sin las ayudantes. Pero ella ya no estaba.

Entonces, con la intención de aportar una solución, la directora pidió la colaboración de todas las maestras y la ayuda de algunas madres de los chicos que comían allí.

—Por unos días, nada más -dijo-. Hasta que consigamos otra persona que reemplace a Emilia o hasta que las ayudantes se curen de la gripe, por lo menos.

—¡Qué lástima! -comentó mi mamá, que fue una de las personas que colaboró en la cocina-. ¡Me da mucha pena esa pobre mujer! ¡Mucha pena!

Ella misma le contó a mi papá -que en aquella época también era policía-, que durante el almuerzo no se había hecho otra cosa más que hablar de la cocinera y de Cacique. También le contó que la señorita Dora, mi maestra de matemática, que era viento en contra, un poco después de empezar el almuerzo, había dicho como al pasar que cambiaran de tema porque, después de todo, Emilia no era imprescindible para la humanidad. Mi mamá se acordaba de que cuando escuchó lo que decía, la señora Lago, mi maestra de lengua, se puso verde de indignación.

—Pero, che -dijo la señora Lago-, no hace tres días que

se murió y ya estás diciendo pavadas. Un poco más de respeto, por favor.

—Es que Emilia era una de las personas más queridas de la escuela -comentó mamá-. Y hablando de Dora, me dio la impresión de que fumaba como una chimenea. Si hasta hubo un momento en que se fue a la sala de maestros a buscar chocolates. Dijo que los que tenía encima se le habían terminado. Dejó a todas sus compañeras plantadas. ¿A vos te parece? Eso de la gula, ¡qué feo es...!

—¡Y quién más se levantó de la mesa? -preguntó mi papá que no podía dejar de lado la profesión.

Mamá le contestó que de la mesa, se había levantado la directora, que no había dicho a dónde iba, la señora Lago y un par de maestras más.

—Dora se levantó tres veces -dijo mamá-. Una vez para ir a la cocina, la otra para buscar los chocolates y la última, supongo que para ir a la secretaría porque dijo que la llamaban. La señora Lago dijo que iba a buscar un saquito al salón porque tenía frío, aunque no sé, todos decían que tenían calor...

Yo, que la quería muchísimo, enseguida la defendí.

—Si dijo que tenía frío, mami, por algo habrá sido. La señora Lago nunca miente y es tan buena..., es la mejor maestra del mundo.

—¿No pasó nada más? ¿No viste nada raro? -volvió a preguntar mi papá que la escuchaba con toda atención. Y la escuchaba con toda atención por algo terrible que pasó un rato más tarde, cuando volvimos al aula.

Resulta que a nuestro grado le tocaba clase de matemática con la señorita Dora y no dejábamos de temblar porque unos días antes, había tomado prueba escrita y nos había dicho que esa tarde iba a dar las notas. Así que estábamos con el alma en un hilo. Pero, al final, la maestra no llegó.

Nunca más volvió. Se descompuso cuando iba para el grado. Algunas compañeras, que subían con ella al primer piso donde la esperábamos, dijeron que la habían visto tambalear y caerse, que tenía la cara blanca como la tiza. Enseguida llamaron a la ambulancia, hubo quienes vieron que los médicos la atendían. Pero todo fue inútil. La señorita Dora había muerto. Ella también había muerto igual que la cocinera y que nuestro perro Cacique.

El comisario Quinteros se quedó callado unos segundos y después, se llevó la mano a la frente.

—¡Pero, señorita! ¡Qué cabeza la mía! Por favor, discúlpeme. ¿No quiere tomar algo?